



PODER, GANANCIAS Y PANDEMIA

De una economía para las élites a una economía
para las personas

www.oxfam.org



OXFAM

INFORME DE OXFAM – SEPTIEMBRE DE 2020

La crisis de desigualdad desencadenada por la pandemia de COVID-19 es consecuencia de un modelo económico que ha permitido que algunas de las mayores empresas del mundo distribuyan entre sus accionistas dividendos por valor de miles de millones de dólares, beneficiando de nuevo con ingresos extraordinarios a la pequeña élite formada por las personas más ricas del mundo, en su mayoría hombres blancos. Al mismo tiempo, este modelo ha cargado el peso de los impactos de la pandemia en las personas trabajadoras mal remuneradas y las mujeres, sin ofrecerles la necesaria protección económica o social. Desde el inicio de la pandemia, las grandes empresas han antepuesto la maximización de sus beneficios a la seguridad de los trabajadores y trabajadoras, además de trasladar los costes a la parte baja de la cadena de suministro, y de aprovechar su influencia para definir las políticas de respuesta a la pandemia. La crisis de COVID-19 debería ser el catalizador de un cambio que ponga freno radicalmente al poder de las grandes corporaciones, reestructure los modelos de negocio para ponerlos al servicio de nuevos propósitos, y recompense a quienes generan los beneficios, construyendo así una economía para todas las personas.

© Oxfam Internacional, Septiembre de 2020

Este documento ha sido escrito por Uwe Gneiting, Nicholas Lusiani e Irit Tamir. Oxfam agradece la asistencia de Lies Craeynest, Nick Galasso, Kauwel Qazi, Quentin Parrinello, Sofía del Valle, Lea Mansori, Danny Na y Annika Bruno en su elaboración, y a Bill Lazonick y Kenneth Amaeshi por su revisión. Forma parte de una serie de documentos dirigidos a contribuir al debate público sobre políticas humanitarias y de desarrollo. Para más información sobre los temas tratados en este documento, por favor póngase en contacto conadvocacy@oxfaminternational.org

Esta publicación está sujeta a copyright pero el texto puede ser utilizado libremente para la incidencia política y campañas, así como en el ámbito de la educación y de la investigación, siempre y cuando se indique la fuente de forma completa. El titular del copyright solicita que cualquier uso de su obra le sea comunicado con el objeto de evaluar su impacto. La reproducción del texto en otras circunstancias, o su uso en otras publicaciones, así como en traducciones o adaptaciones, podrá hacerse después de haber obtenido permiso y puede requerir el pago de una tasa. Debe ponerse en contacto con policyandpractice@oxfam.org.

La información en esta publicación es correcta en el momento de enviarse a imprenta. Publicado por Oxfam GB para Oxfam Internacional con el ISBN 978-1-78748-638-6 en septiembre de 2020. DOI: 10.21201/2020.6386
Oxfam GB, Oxfam House, John Smith Drive, Cowley, Oxford, OX4 2JY, UK.

Foto de portada: Un grupo de trabajadoras confecciona equipos de protección individual (EPI) para profesionales de la salud en una fábrica textil de Urmi Group, en Daca (Bangladesh), el 31 de marzo de 2020. © Sk Hasan Ali
Foto de la contraportada: Jodhpur, Rajasthan (India), 30 de marzo de 2020. Una mujer mayor lleva una máscara protectora mientras vende comida al borde de la carretera debido a las medidas de confinamiento por el brote de COVID-19 en la India. © stockpexel

RESUMEN

Vivimos un momento desolador. En los seis meses transcurridos desde que la Organización Mundial de la Salud declarase la COVID-19 una pandemia mundial, la enfermedad se ha cobrado más de 800 000 vidas. Se calcula que 400 millones de personas, en su mayoría mujeres, han perdido su empleo. Cuando la pandemia llegue a su fin, hasta 500 millones de personas podrían haberse visto empujados a la pobreza.

La crisis de COVID-19 ha puesto aún más de relieve la enorme brecha que separa a las élites del resto de la población. Mientras que los trabajadores y trabajadoras, sus familias y las empresas (especialmente las pequeñas y medianas) se enfrentan a grandes dificultades para salir adelante, algunas grandes corporaciones se las han arreglado para blindarse frente a los impactos económicos de la pandemia, o incluso para obtener réditos del desastre.

Las desiguales repercusiones económicas de la COVID-19 no son un fenómeno natural, ni tampoco un accidente histórico. Los impactos económicos de esta crisis podrían haberse suavizado, y su carga podría haberse repartido de un modo más equitativo. Los Gobiernos podrían haber estado mejor preparados, las personas trabajadoras podrían haber recibido una mayor protección, y las empresas con dificultades podrían haber sido más resilientes frente a los impactos económicos.

Las grandes empresas han agravado los impactos económicos de la COVID-19 principalmente de estas tres formas:

1. El pago de excesivos dividendos a los accionistas antes de la crisis ha provocado que las empresas, las personas trabajadoras y los Gobiernos sean más vulnerables ante la pandemia

Cuando se desencadenó la crisis de COVID-19, las mayores empresas del mundo podrían haber contado con liquidez más que suficiente para proteger a sus trabajadores y trabajadoras, adaptar sus modelos de negocio y evitar rescates enormemente costosos para las arcas públicas. La pasada década ha sido la más rentable de la historia para las grandes empresas: las 500 mayores empresas del mundo, incluidas en el listado Global Fortune, incrementaron sus beneficios en un 156% entre 2009 y 2019, pasando de 820 000 millones de dólares a 2,1 billones de dólares durante ese periodo. Este aumento de los beneficios supera con mucho al incremento del PIB a nivel mundial, lo cual ha permitido a estas empresas apropiarse de un porcentaje aún mayor del pastel económico mundial.

Sin embargo, la práctica totalidad de los beneficios obtenidos por estas empresas antes de la crisis actual ha ido a parar a manos de un reducido grupo de accionistas ricos, en lugar de invertirse en

mejorar la calidad de los empleos o en tecnologías respetuosas con el medioambiente. Entre 2010 y 2019, las empresas incluidas en el Índice S&P 500 dedicaron 9,1 billones de dólares al pago de dividendos a sus accionistas, que por otra parte ya eran ricos; esta cifra equivale a más del 90% de los beneficios obtenidos por dichas empresas en ese periodo.

Un nuevo análisis de Oxfam revela que las mayores empresas del mundo aprovecharon los cuatro años previos a la crisis de COVID-19 para intensificar el reparto de dividendos a sus accionistas. Desde el ejercicio fiscal de 2016 hasta 2019, las 59 empresas más rentables del mundo repartieron casi 2 billones de dólares entre sus accionistas. El pago de estos dividendos equivale, en promedio, al 83% de las ganancias netas de dichas empresas. Algunas de ellas no solo destinaron la totalidad de sus beneficios al pago de dividendos a sus accionistas sino que, en algunos casos, se endeudaron o utilizaron sus reservas para pagar a los ricos inversores. Algunos de los mayores pagos de dividendos como porcentaje de los ingresos obtenidos durante el ejercicio fiscal de 2019 corresponden a empresas como Chevron, Procter & Gamble y BP. En términos de volumen, Apple destaca por encima del resto: el innovador gigante tecnológico distribuyó 81 000 millones de dólares entre sus accionistas tan solo en 2019.

Sin ir más lejos, el año pasado numerosas empresas que ahora tienen problemas financieros dedicaron la mayor parte de sus beneficios al pago de dividendos. Diez de las principales marcas de la industria textil pagaron a sus accionistas un total de 21 000 millones de dólares (en promedio, el 74% de sus beneficios del ejercicio fiscal de 2019), en concepto de dividendos y recompra de acciones. Ahora, millones de trabajadores y trabajadoras de la industria textil, de México a Bangladesh, han perdido sus empleos porque las empresas han cancelado pedidos y se han negado a pagar a sus proveedores.

El inicio de la crisis de COVID-19 no puso fin a la época de bonanza para los accionistas. Según los informes de las propias empresas, Microsoft y Google han repartido entre sus accionistas más de 21 000 millones y 15 000 millones de dólares respectivamente desde enero de este año. Asimismo, a pesar de que la demanda de sus productos se ha reducido durante la pandemia, desde enero de este año el fabricante de automóviles Toyota ha distribuido entre sus inversores más de un 200% de los beneficios obtenidos en este periodo. BASF, el gigante químico alemán, ha pagado a sus accionistas más del 400% de sus ingresos en los últimos seis meses. El gigante farmacéutico estadounidense AbbVie ya ha distribuido entre sus accionistas el 184% de sus ingresos netos durante los dos primeros trimestres de 2020. Por otro lado, tres de las principales empresas estadounidenses que están desarrollando vacunas contra la COVID-19 gracias a miles de millones de dólares de inversión pública (Johnson & Johnson, Merck y Pfizer) ya han distribuido 16 000 millones de dólares entre sus accionistas desde enero de este año.

Pero no solo las empresas rentables han seguido pagando a sus accionistas. Las seis mayores empresas petroleras del mundo (Exxon Mobil, Total, Shell, Petrobras, Chevron y BP) han acumulado pérdidas por valor de 61 700 millones de dólares entre enero y julio de 2020 y, sin embargo, se las han arreglado para repartir entre sus accionistas dividendos por valor de 31 000 millones de dólares en ese periodo. Seplat Petroleum, la mayor empresa petrolera de Nigeria, distribuyó entre sus accionistas un 132% de los beneficios obtenidos durante los seis primeros meses de 2020, a pesar de que el país se encuentra en riesgo de entrar en colapso económico.

El desmesurado pago de dividendos a los accionistas es una mala noticia para la lucha contra la desigualdad, ya que la mayor parte de este dinero, que se podría dedicar a mejorar los salarios del grueso de los trabajadores y trabajadoras, va a parar a manos de personas que ya son ricas; además, se trata de un modelo que incentiva a los directores generales de las grandes empresas a pensar principalmente en el corto plazo. Además, el pago de dividendos excesivos agrava la desigualdad de género, ya que la mayoría de las acciones de las grandes empresas está en manos de hombres. Por otro lado, esta práctica engorda los paquetes retributivos de los directores generales de estas empresas, que también son mayoritariamente hombres: de las 500 empresas incluidas en la lista Global Fortune, tan solo 14 (el 2,8%) tienen directoras generales, un puesto que no ocupa ninguna mujer en las empresas que cotizan en los grandes mercados bursátiles de Brasil, Sudáfrica, Francia o Alemania).

2. Las grandes empresas obtienen ganancias, pero apenas contribuyen a incrementar los recursos públicos para dar respuesta a la pandemia

La crisis de COVID-19 ha reforzado el papel indispensable que desempeñan los Gobiernos eficaces y transparentes en la gestión de los problemas que afectan al conjunto de la sociedad. Algunas empresas han obtenido enormes beneficios durante la pandemia y, sin embargo, apenas han aportado recursos para apoyar la lucha de los Gobiernos contra la COVID-19.

El análisis de Oxfam pone de manifiesto hasta qué punto algunas empresas han obtenido beneficios desmesurados durante la pandemia. El análisis de los informes financieros de las grandes empresas más rentables de Estados Unidos, Europa, Japón, Corea del Sur, Australia, Brasil, India, Nigeria y Sudáfrica ha revelado que, según sus previsiones, 32 de estas empresas obtendrán en 2020 un volumen de beneficios considerablemente superior al de años anteriores (que fueron ya de por sí muy rentables). De hecho, se prevé que 32 de las empresas más rentables del mundo se embolsen, en conjunto, 109 000 millones de dólares más durante la pandemia que en el promedio de los cuatro años anteriores, en los que ya obtuvieron grandes beneficios. A su vez, debido a que algunos de los mayores accionistas de estas empresas se

encuentren también entre las personas más ricas del mundo, el incremento de la riqueza de los mayores 25 milmillonarios del mundo alcanzó la impresionante cifra de 255 000 millones de dólares tan solo entre mediados de marzo y finales de mayo de este año.

Habrá quien defienda que las grandes empresas han compensado la obtención de estos beneficios con el pago de impuestos y una generosa inversión filantrópica, pero los datos no respaldan este argumento, sino más bien lo contrario: el Gobierno estadounidense calcula que, en 2017, dejó de recaudar 135 000 millones de dólares de ingresos fiscales a causa de la evasión y la elusión fiscal de las grandes empresas. En cambio, la inversión empresarial sin ánimo de lucro no llegó a 20 000 millones de dólares anuales. Algo similar ocurre en la India, donde los 6000 millones de dólares invertidos por las grandes empresas en responsabilidad social corporativa palidecen frente a los 47 000 millones de dólares de ingresos públicos que cada año deja de recaudar el Estado a causa de la elusión fiscal.

A nivel global, el análisis de Oxfam ha revelado que las donaciones de las mayores empresas del mundo durante la crisis de COVID-19 equivalen, en promedio, al 0,32% de sus beneficios de explotación en 2019, de manera que la aportación de estas empresas está lejos de ser suficiente, especialmente si tenemos en cuenta los costes económicos de esta crisis y la magnitud de las ganancias empresariales.

En lugar de depender de las contribuciones voluntarias de las grandes empresas, los Gobiernos deberían buscar mecanismos más eficaces para movilizar los recursos de las grandes empresas en la lucha contra la COVID-19. Dado el enorme incremento de las ganancias de algunas empresas y el abismo económico al que se enfrentan otras, una política que optase por un verdadero sacrificio compartido pasaría necesariamente por buscar un mecanismo eficaz para que las primeras tributen por esos beneficios extraordinarios. De hecho, un impuesto a las ganancias extraordinarias durante la COVID-19, al estilo del gravamen que se aplicó durante la Segunda Guerra Mundial, permitiría recaudar nuevos ingresos con los que hacer frente a las crecientes desigualdades económicas, raciales y de género, que se han visto acentuadas por la pandemia. Se calcula que, de aplicar esta medida tan solo a las 32 empresas globales que más se han beneficiado durante la pandemia, en 2020 se podrían recaudar aproximadamente 104 000 millones de dólares para hacer frente a la COVID-19. Por ponerlo en contexto, esta cifra permitiría financiar pruebas de detección y vacunas contra la COVID-19 para toda la población del planeta, y aun así todavía quedarían 33 000 millones de dólares para invertir en una formación innovadora de las y los profesionales de la salud que trabajan en primera línea de la respuesta.

3. Las grandes empresas han puesto sus ganancias por delante de las personas, lo cual ha agravado la crisis de COVID-19

“Necesitan que los trabajadores trabajen para ganar dinero, pero la vida de esas personas no les importa. La explotación avícola sigue funcionando, sigue generando beneficios....y si mi marido... si les hubiera preocupado su salud, si le hubieran avisado de los contagios.... todavía estaría vivo.”

Viuda de un trabajador de una explotación avícola fallecido en Marylandⁱ

Si bien el discurso sobre “redefinir el propósito de las grandes empresas” y “salir mejores” de la crisis de COVID-19 parece cobrar cada vez más fuerza, lo cierto es que los consejos de dirección de las grandes empresas apenas están aplicando verdaderos cambios, sino más bien al contrario. Salvo honrosas excepciones, la respuesta de las grandes empresas a la COVID-19 ha puesto de manifiesto la brecha entre los compromisos y las prácticas empresariales.

Oxfam ha identificado más de cien casos (que implican a más de 400 empresas) en todo el mundo en los que las grandes empresas:

- Siguen pagando dividendos a sus accionistas y paquetes de remuneración a sus ejecutivos, a pesar de haber recibido rescates de los Gobiernos y de haber despedido a sus empleados/as;
- No garantizan la seguridad de sus empleados/as ni previenen el incumplimiento de la legislación laboral;
- Trasladan los costes y riesgos a la parte inferior de la cadena de suministro.
- Se benefician de los programas de rescate de los Gobiernos a pesar de no cumplir los criterios para ello; y
- Presionan a los Gobiernos para que relajen las regulaciones que garantizan las protecciones medioambientales, fiscales y sociales.

La desigualdad de los impactos económicos de la COVID-19 no es casual, sino el resultado de un modelo económico que utiliza el valor que aportan la mayoría de la ciudadanía en beneficio de un reducido grupo de personas ricas. La pandemia no es la causa de las injusticias económicas, raciales y de género, pero sí las ha hecho más visibles y las ha agravado.

La decisión de maximizar las ganancias percibidas por los accionistas por encima de cualquier otra consideración ha estado respaldada por el dinero y la influencia de empresas poderosas y personas ricas. Del mismo modo, esta práctica se ha perpetuado gracias al doble discurso de las grandes empresas, que por un lado manifiestan nobles compromisos, se adhieren a estándares

voluntarios y hacen donaciones con fines benéficos, pero al mismo tiempo evitan que se lleven a cabo los necesarios cambios estructurales en nuestro sistema económico.

Si no cambiamos de rumbo, la desigualdad económica se incrementará, y un número aún menor de grandes empresas ejercerá un mayor poder económico y político, en detrimento de las pequeñas empresas, las personas trabajadoras y las instituciones democráticas.

Ha llegado el momento de que los Gobiernos generen incentivos y establezcan limitaciones que permitan poner freno al poder de las grandes empresas, reestructurar los modelos de negocio para ponerlos al servicio de un nuevo propósito, y recompensar a todas aquellas personas que aportan valor. De esta manera, tras la pandemia sería posible construir una economía al servicio de todas las personas; una economía que esté en mejores condiciones de hacer frente a futuras crisis (como la derivada de los impactos del cambio climático) y de proteger a las personas en mayor situación de pobreza.

Este documento apuesta por este modelo. Todo empieza y acaba por construir un modelo económico que ponga a las personas en el centro, que proteja a las más vulnerables, que distribuya los beneficios de forma equitativa y que se asiente en el sistema democrático. Para construir este nuevo modelo, debemos empezar por gravar el exceso de ganancias acumuladas por una minoría durante la pandemia, para ponerlas al servicio del bien común.

Este documento propone que, para avanzar en esta dirección, los responsables políticos y los líderes empresariales se centren en estas cuatro cuestiones: propósito, personas, ganancias y poder.

- Propósito: redefinir el “por qué” de los negocios
- Personas: poner a las personas en el centro de la actividad empresarial
- Ganancias: garantizar un reparto equitativo entre todos los actores implicados
- Poder: transformar la gobernanza de las grandes empresas

Este informe concluye con una serie de recomendaciones dirigidas a poner freno al poder de las grandes empresas, reestructurar los modelos de negocio para que sirvan a un nuevo propósito, y recompensar a todas las personas que trabajan con un reparto equitativo de las ganancias, construyendo así una economía para todas las personas.

NOTAS

Todos los enlaces se consultaron por última vez el jueves, 13 de agosto de 2020, excepto en los casos en los que se indique otra fecha.

i Próxima publicación de Oxfam.